

Africaneando: una lectura errada del texto del Hungam Eugenio Nkogo Ondó/La ilusión de una reseña preconcebida

Nicolás Ramón, CONTRERAS HERNÁNDEZ

Creo que la preconcepción, esto es: imaginar previamente con base en la percepción prejuiciada de escasas lecturas y dar tal prejuicio por cierto, antes que analizar, sintetizar y sistematizar, hacen parte de los grandes errores que tuvo el señor Manrique. Su excusa de haber estudiado a filósofos africanos confirma, el mismo vicio de Mary Lefkowitz, entre otros y otras que han hecho mamarrachadas sobre su obra, la de Cheik Anta Diopp y Bernal. El primero por ejemplo, escribió una grosería que sólo puede dar la ignorancia ilustrada, cuando titula su obra: Filosofía Africana o cómo se enseña Mito en lugar de filosofía, sino estoy mal, tal es el aberrante título, de alguien que leyó una edición barata y pirata de Diálogos de Platón.

No creo que una figura de esa, hubiere leído a Emil Emileaneau, porque ese disparate de título no lo hubiese pensado. La preconcepción radica eso: en buscar definiciones fáciles y no leer con cuidado, todo el entramado expositivo, de antecedentes, pruebas y relaciones entre los sistemas filosóficos africanos anteriores a los griegos, en donde la observación, la abstracción y codificación naturalista, permitieron a los hombres y mujeres como los Ishango, los Wolof o los Woyo, fueron nombrando racionalizadamente el orden natural, el cosmos en tanto orden, pero el que se enlaza con las estrellas.

No exagera el hermano y ekobio Eugenio Nkogo el tiro de "lectura a saltos" o una mala utilización de la famosa técnica americana de estudios, o lectura rápida sistemática, en que el hombre no se detiene a analizar el porqué por ejemplo, entre los wolof y los egipcios, hay muchas similitudes entre significantes y significados – incluso significaciones- de estos dos pueblos o tradiciones lingüísticas (hablando en términos etimológicos desde la filosofía del lenguaje), entre torno a conceptos como, ka, ba, tefnut, noun, etc., de lo cual el hungam de Guinea, hace una disección milimétrica que es coronada posteriormente con la definición de a qué se refiere cuando habla de una filosofía africana, de sus orígenes, por ejemplo teológicos, teogónicos y sobre todo teleológicos, como en la prueba del huevo de Akin Goss, que tiene muchas similitudes con la teoría del big bang.

Manrique pecó por ligereza, por no haber hecho una lectura seria de un texto, que por su enjundia probatoria, mereció al menos tres lecturas con escolios. Esto deja una lección y es que en términos de filosofías, cuando estamos contaminados, es mejor desconfiar de las certezas tan rápidas como lo aconsejaba Renato Descartes. Le falló a Manrique la inteligencia asociativa, la capacidad para

identificar estructuras y esencias conceptuales, entre las mal llamadas tradiciones orales, con las tradiciones de filósofos conocidos, a partir del testimonio de otros, tal es el caso de Sócrates que sin Platón y Arsitóteles se hubiere perdido en la noche de los tiempos. Dejo hasta allí, porque apenas voy por la segunda lectura de esta apasionante obra, que requiere como Las Venas Abiertas de América Latina, una lectura total y un análisis capitular con escolios, sí es posible, comentados y debatidos con entendidos en la materia; o círculos de estudios cualificados, como el Centro de Estudios Filosóficos que mantiene en la Universidad del Atlántico y con público variado cronológico y académico: Numas Armando Gil, Julio Núñez Madachi, Martín Orozco Cantillo, Nicanor de la Rosa y su kombo.

Quien no tiene estos elementales cuidados, incurre en el descuido que Roland Barthes señalaba: en la primera lectura, el lector se lee a si mismo. Y Manrique en estas lecturas se desnuda como un apresurado que sólo concibe el filosofar desde una sola topología racional conocida: el "mascadito" de las definiciones anticipadas desde el título y el subtítulo, tal y cual lo aprendió de unos filósofos africanos, que la verdad desconozco a varios de ellos. Sin embargo, además del método cartesiano, existe la propuesta de Leibniz (tesis-antítesis- demostración), entre muchos otros, para hacer lecturas filosóficas aceptables.

Lástima que Manrique, no se hubiese fijado en algo más polémico afirmado por Nkogo Ondó, y es que los filósofos, antes que amantes del logos, fueron muthuologos, amantes del mito como fuente de primaria del quehacer filosófico, de allí que entre el elan y el noun, el nous y el tefnut, exista un continuum, ligado al mito, que incluso Platón recurre al mito una y otra vez, para explicar la transmigración de las almas, cuando dice que las personas al realizar eso que en la filosofía hindú se llama Samsara, afirma que el alma antes de reencarnar, bebe de la estigia que le borra el recuerdo de vidas pasadas; o el caso de los gemelos que trata en El Banquete, fuertemente ligado al Libro de los Muertos del Egipto de la negritud.